

Homilía del 11 de marzo de 2018

La lectura de esta semana del Evangelio según Juan contiene uno de los pasajes más amados del Evangelio:

Porque tanto amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo único,
para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.

Hoy, el cuarto domingo de Cuaresma, es Laetare domingo, o «el domingo de alegría,» con su tema de esperanza y alegría. Éste también es el año que la arquidiócesis de Dubuque estará celebrando el cuadragésimo aniversario del restablecimiento del diaconado permanente en la arquidiócesis, y el quincuagésimo aniversario del diaconado permanente en los Estados Unidos.

Nosotros diáconos hemos sido pedido que prediquemos este año sobre el diaconado permanente. Tocaré brevemente sólo unas áreas y quizás abordaré a otras más tarde este año. Aunque soy el único diácono en Santa Cecilia que puede hablar un algo de español, nueve diáconos han sido ordenados de esta parroquia en los últimos treinta y nueve años. Por tanto, yo quisiese decirles cuándo y dónde y cómo se originó los diáconos. Tenemos una cuenta en el libro de los Hechos. Después de Pentecostés, la venida del Espíritu Santo, tenemos el sermón famoso de Pedro. Como el número de los discípulos crecía, aquellos que hablaban griego hubieron quejas contra aquellos quienes hablan hebreo o arameo, diciendo que sus viudas que hablaban griego

eran tratadas con negligencia en el servicio diario. Los Doce reunieron la asamblea de los discípulos y les dijeron: «No es correcto que nosotros descuidemos la Palabra de Dios por hacernos cargo de este servicio. Por lo tanto, hermanos, elijan entre ustedes a siete hombres de buena fama, llenos del Espíritu y de sabiduría; les confiaremos esta tarea mientras que nosotros nos dedicaremos de lleno a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hechos de los Apóstoles 6:1-4).

Estos fueron los primeros diáconos, ordenados para servir a la gente de Dios. Aparentemente eran hombres ordinarios llamados desde vidas ordinarias.

Homilía del 11 de marzo de 2018

Los diáconos de hoy son iguales. Somos hombres ordinarios llamados desde vidas ordinarias. Ya que la mayoría de nosotros estamos casados, nuestra primera vocación es ser un marido. A nosotros nos dijeron durante los años de formación que nuestras familias deben ser nuestra primera prioridad, nuestro trabajo secular debe ser segunda, y servicio como un diácono debe ser tercera. Todos nosotros los diáconos, sin embargo, hemos dicho que mantener el equilibrio en nuestras tres responsabilidades han sido un desafío. Mi esposa Ruth ha sido una compañera incalculable en mi trabajo como un diácono, asistiendo en las maneras innumerables, orando y estudiando conmigo, recordándome a un equilibrio apropiado, y a través de todo, amándome incondicionalmente.

Como nos acercamos a mi trigésimo noveno año como un diácono, Ruth y yo hemos estado reflexionando sobre la llamada de Dios. Como la mayoría de ustedes saben, nosotros crecimos protestantes. Pero aún durante nuestros años como protestantes, creemos que Dios estaba preparándonos por el diaconado. Ruth asistió a su padre, que era un ministro protestante, tocando el piano, cantando solos, y a veces incluso enseñando educación religiosa. Aunque mis parientes lejanos no eran religiosos, mi madre era religiosa, y me llevó a servicios religiosos y me enseñaba en nuestro hogar. Igualmente importante, ella me enseñó por la manera en la cual ella vivía. Si cualquiera estaba en necesidad en cualquiera manera, siempre ella iría para ayudarlos y me llevaba con ella. Años pasaron. Ruth y yo nos casamos y ella dio la luz a nuestros tres hijos. Durante todos los años sentimos el tirón de Dios, llamándonos a servirlo. Mientras respondimos, sentimos más fuertemente el llamado de Dios. Asombrosamente, nuestros hijos también sintieron el llamado de Dios, y todos cinco de nosotros nos convertimos católicos. Pero Dios siguió a llamarnos. Nada dramático pasó: yo no oí la voz de Dios ni veo visiones, pero sentí un desasosiego, una consciencia aguda de las necesidades de la Iglesia, y una gran alegría en el servicio de Dios y la gente de Dios cuando mi familia y yo cantábamos y tocábamos durante la misa a las ocho en la mañana, cuando caminábamos con los parroquianos la vía cruces con Jesús, y cuando yo enseñaba educación religiosa.

Reciente el diaconado había comenzado en el arquidiócesis, y nuestro párroco comenzó animarme a enviar una solicitud al Director del Diaconado, como también algunos parroquianos y dos otros sacerdotes. Su persistencia sintió como un peso enorme en mi

Homilía del 11 de marzo de 2018

hombro. Un sábado, después de la misa, invitamos los dos sacerdotes de Santa Cecilia para comer desayuno en nuestro hogar. Después que comimos, giré a nuestro párroco y le dije, «Padre, estoy haciendo todo que puedo hacer en la Iglesia. No entiendo en lo que modo que puedo hacer más. ¿Cómo podría hacer yo más en la Iglesia por haciéndome un diácono?» Muy lentamente, el Padre Kurt contestó, «Bueno . . . tu tendrías la autoridad de la Iglesia . . . sobre lo que tú estás haciendo». Sentí como si todo el aliento fue presionado de mi cuerpo, también respondí lentamente, «yo . . . no . . . quiero . . . decir que no quiero la autoridad de la Iglesia sobre lo que estoy haciendo». Justo en la mitad de mi declaración respondí al llamado de Dios y eso peso enorme fue levantado de mi hombro. Con la ayuda del padre Kurt y el padre Braak, comencé el proceso.

Brevemente quiero compartir con ustedes ese proceso. Necesité la permisión de mi párroco y recomendaciones adicionales. Cuando mi aplicación fue aceptada, Ruth y yo fuimos entrevistados y rendimos cinco horas de exámenes psicológicos. Cuando aprobamos las entrevistas y las evaluaciones psicológicas, yo, acompañado con mi esposa, comencemos el período de formación. El proceso de formación tomó cuatro y medio años. Las clases son impartidas dos veces al mes, usualmente el sábado en Waterloo, Iowa. Después de cada semestre, el candidato y su esposa son entrevistados por el consejo de formación y, si aprobados, los candidatos continuaron en el próximo año. Después del cuarto año de clases, los candidatos son llamados a la ordenación. Si estos requisitos parecen difíciles, no nos parecían así a nosotros. Ruth y yo disfrutamos casi todas las presentaciones, y una de nuestras memorias más tiernas era el regreso a casa hablando de las experiencias del día. Era un tiempo que anhelamos y todavía le damos gracias a Dios que nosotros tuvimos esa oportunidad para crecer en nuestra fe en Dios y para crecer más íntimo al uno al otro.

Entonces ¿Son diáconos y sus esposas los únicos llamados a responder al gran amor de Dios? Por supuesto, la respuesta es no. Dios no dio su único hijo sólo para los sacerdotes, o sacerdotes y diáconos; él dio su único hijo de su amor para todos nosotros, y anhela nuestra respuesta. Yo exhorto a cada de ustedes a mirar dentro. ¿Hay inquietud? ¿Hay un peso en su hombro? ¿Hay un tirón a su corazón? Dios en Cristo a través del Espíritu Santo está llamándoles a ustedes para responder a su amor. Háganlo, y ustedes recibirán más de lo que nunca podrían dar.